

SUBJETIVIDAD Y ONTOLOGÍA ESCINDIDA
EN "ZAMA" DE ANTONIO DI BENEDETTO

Marcia Gabriela Spadaro

"En primer lugar, ¿cuál es la diferencia entre un cuerpo vivo y un cuerpo muerto? ¿Qué es lo que da origen al despertar, al sueño, al enajenamiento, a la enfermedad, a la muerte? En segundo lugar, ¿qué son las formas humanas que se aparecen en los sueños y en las visiones? Atendiendo a estos dos grupos de fenómenos, los antiguos salvajes dieron, probablemente, su primer paso gracias a la deducción obvia de que todo hombre tiene dos cosas que le pertenecen, a saber una vida y un fantasma"

Tylor, Edward Burnett, *Cultura primitiva*

1- *Introducción*

El estudio presente estará centrado en el protagonista Zama de la novela homónima de Antonio Di Benedetto. En tal personaje apreciaremos una subjetividad y ontología escindida o bien una dualidad. El personaje, de este modo, experimenta a través de distintas etapas (1790/ 1794/ 1799) apariciones de un niño rubio y de doce años, que sólo al final de la novela logra identificar consigo mismo. Explícitamente este niño es su doble, aquello se va sugiriendo en sus presentaciones enigmáticas y repetidas; en el desconocimiento de su origen y en la pérdida de su rastro. El niño revela distintos rostros: afectuoso, ladrón, violento y finalmente salvador, sólo por los dos datos mencionados podemos mentar la posibilidad de que se trate de un único personaje y, es más, de que este sea Zama.

No se propone aquí un análisis literario, sino filosófico de la ontología y subjetividad que permiten la afirmación de una identidad o bien de una dualidad. Es decir, es ante todo un estudio de ontología. Nos interesa develar las legalidades de la identidad como punto partida para la posibilidad; conocer al sujeto latinoamericano y descubrir cuánto de él lo constituye su doble, es decir, su sombra, su imagen, su pasado, su imaginario.

2- La identidad como determinación de las posibilidades

Desde el principio ontológico de identidad entendemos por ésta lo que es igual a sí mismo. Por ende la identidad no admite en sí la “diferencia”. La diferencia es lo propio de la otredad. Lo diferente es el Otro. Sin embargo ¿puede lo idéntico devenir distinto? La inserción del tiempo en el ser nos permite dar paso a dicha posibilidad mientras no se pierda su unidad, no obstante no se podrá sostener que el ente puede llegar a ser lo Otro. Afirmar esto último implicaría destruir la identidad desde su principio.

Pero ¿Qué es lo que ocurre con el doble? El doble es el alter ego, aquello mismo y, a la vez, Otro. Es contradicción y absurdo. De modo que con el doble se propone un nuevo principio: el Principio de Contradicción Posible, *algo idéntico a sí mismo puede ser y no ser bajo un mismo aspecto simultáneamente*. En consecuencia, la identidad no necesariamente es idéntica a sí misma.

Tal principio resulta, entonces, incompatible con el principio de identidad, sin embargo para la literatura el doble no contrae dificultades. El sujeto literario (o sea el personaje) puede ser perfectamente contradictorio. Así, la contradicción en el personaje genera una apertura en las posibilidades de la identidad. Dicha apertura desafía su unicidad, pues lo idéntico debe ser necesariamente “uno”. Sólo porque lo idéntico es uno dice el principio de no-contradicción que aquello *es imposible que sea y no sea al mismo tiempo y bajo el mismo respecto*¹. La dualidad destruye la entendida identidad en tanto ya no sería igual a sí mismo sino igual a Otro, de modo que pueden sucederse fenómenos tales como la bilocación, la bitemporalización (la permanencia en dos tiempos distintos) y la yuxtaposición espacio-temporal (el encuentro del doble). Se funda, de este forma, una ontología y subjetividad dualista.

Para comprender el verdadero alcance que posee la misma debemos, antes, internarnos en la afirmación ontológica- subjetiva.

¹ Mora, J. Ferrater, *Diccionario de filosofía*. 4 t, Barcelona, Ariel, 1994. p. 683.

3- La afirmación ontológica- subjetiva.

*“¿De qué Adán anterior al paraíso,
de qué divinidad indescifrable
somos los hombres un espejo roto?”
Borges, Jorge Luis, “Beppo”*

Si nos remitimos a la filosofía clásica el ser es siempre una proclamación de identidad que niega la alteridad. A estos efectos, Gilson sostiene, refiriéndose a Platón: *“En una palabra, defínese aquí el ser como idéntico a sí mismo, y como incompatible con el cambio. Desde su principio, la ontología de lo “lo que es” acaba, pues, en la negación del movimiento que, al contradecir la identidad del ser consigo mismo, hállase excluido desde el principio como irreal e impensable a la vez.”*² *“En otras palabras, todo lo que es él mismo, es; todo lo que es “otro”, no es. Esta exclusión del otro fuera del dominio del ser hácese aquí una necesidad de pensamiento ineluctable, y llégase al límite de la ontología platónica, que es quizás un límite de la esencia en general, desde el momento en que se iguala la identidad con la realidad.”*³

Descubrimos, en consecuencia, que el ser se afirma dialécticamente ante su propia negación. Por ende, todo *lo que es, es* ante una alteridad que *no es*. De aquella alteridad sólo conocemos su oposición a lo afirmado, o sea, el ser se sostiene sobre el no- ser y el yo sobre el no-yo. Ahora bien, el no- ser es la nada y el no- yo es el Otro, no obstante no podemos asimilar la nada al Otro. En el caso de la dialéctica el Otro es lo mediador entre la nada y el ser, es la ficción, la ilusión, la apariencia.

El ámbito de la apariencia, dominio de la “opinión”, es por principio confuso, no busca la verdad sino la verosimilitud. Su mirada se posa en las cosas y en sus “imágenes” más alejadas aún que las primeras. Por ende lo Otro es lo no- idea es decir lo no- alma, el cuerpo. El cuerpo es apariencia y ausencia de verdad pues muta constantemente; las imágenes que desprende el cuerpo, tales como su reflejo o su sombra, lindan con la nada dado que su grado de ser es prácticamente cero⁴. Vemos que no se admite en la identidad el tiempo, por lo tanto lo Otro es todo lo que cambia en el sujeto.

² Gilson, Etienne, *El ser y la esencia*. Bs. As., Ediciones Desclée . p. 25.

³ Op. cit. p. 27.

⁴ Platón, *República*, L VI. 21^a. ed. Bs. As., Eudeba, 1996.

Retornando al planteo de la nada, aquello que *no es* carece de entidad, sin embargo como ya hemos señalado *lo que es* obtiene su ser porque este *no ser* lo apuntala. El vacío como carencia absoluta de ser se niega a sí mismo: de la nada, nada. En consecuencia, si la nada se autoanula como concepto, nos encontramos con que no existe tal *no ser* al que la identidad se oponga, por consiguiente, el ser es absoluto. Así, es el mismo ser el que incluye en sí a su contrario. Incluir a su contrario supone la posesión virtual (artificio) del no ser, sólo se afirma ante un vacío o carencia ontológica negada de por sí, y la participación del mismo sujeto (yo) en el estatuto de la otredad.

De acuerdo a lo estudiado podemos observar que tal dialéctica del ser y del ego fagocita al no ser y al Otro. Yendo hacia la filosofía moderna, donde el ego se equipara al ser⁵, volvemos a encontrar en Descartes el extrañamiento del cuerpo en cuanto *res extensa* y la afirmación del yo en cuanto *res cogitans*. El pensamiento para Descartes no puede separarse del ser, o sea del yo, pero este yo será *mientras piense*. Es decir el ser es el acto mismo de pensar⁶. Lo que nos importa aquí es que *el ser es en el tiempo*, en el tiempo presente de la conciencia que se explicita a sí misma en su acto. Así, encontramos una primera fisura con la identidad de la filosofía clásica: *el ser al igualarse al ego se temporaliza*.

De esta misma forma la legitimidad de la veracidad del propio cogito es dada por la idea de Dios (cogitación de la Otredad). Nuevamente el Otro es absorbido por el ego. Si bien el ego sólo puede afirmarse gracias a la garantía que le brinda la idea de Dios/ Otro, esta idea es pensada por el sujeto de la cogitación. El yo encuentra en sí la idea de una perfección e infinitud que le es ajena, aunque de algún modo participa de ellas pues de lo contrario no podría mentarlas; encuentra en sí una otredad absolutamente otra⁷, *más íntima que su propia intimidad*. El Otro está en el

⁵ “La anterior a Descartes se llama metafísica de la subjetividad porque determina el ser desde el **subjectum (hypokeímenon)**. La moderna es una metafísica de la subjetividad en cuanto determina el ser desde el sujeto (yo). En ambas el concepto fundamental es el Sujeto. Pero este recibe en la segunda una nota específica: su identidad con el yo, a pesar de lo cual conserva sus notas genéricas. La metafísica de la subjetividad es, pues, una especie del género metafísica de la subjetividad.” Cruz Velez, Danilo, *Filosofía sin supuestos (De Husserl a Heidegger)*, “VII. Sujeto y yo”. Bs. As. Editorial Sudamericana. p. 135.

⁶ “Otro atributo es el pensar; éste es el que me pertenece, el que no se separa de mí. Yo soy, yo existo; pero ¿cuánto tiempo? El tiempo que pienso; porque si yo cesara de pensar, en el mismo momento dejaría de existir” Descartes, *Meditaciones Metafísicas*, “Meditación segunda”. Decimaquinta edición, México, Porrúa, 1998. p. 60

⁷ “Si Dios me ha creado, es muy natural que, en cierto modo, me haya producido a su imagen y semejanza, y que yo conciba esta semejanza, en la cual se encuentra la idea de Dios, por la misma facultad que yo me concibo; es decir cuando reflexiono en mí mismo no sólo conozco que soy una cosa imperfecta, incompleta y dependiente de otra, que tiendo y aspiro a ser algo mejor y más grande, sino que conozco también que el ser de

sujeto en tanto el sujeto es, o sea en tanto el sujeto piensa. El Otro es inmanente al ego, no es ajeno, no se le opone sino que fundamenta su propia existencia.

Entonces la presencia potencial de la nada y la actualidad del Otro en la presencia de la entidad supone la existencia, intrínseca a su naturaleza, de un *mas allá de sí*, de algo que la excede y, como tal, la enajena.

4- *Ontología dual o la dualización del ego*

“Aquí estuve sentado, esperando, esperando, - sin embargo... nada, más allá del bien y del mal, gozando a veces la claridad, a veces las sombras, todo juego, todo mar, todo mediodía, todo tiempo sin meta.

*¡Y de pronto, amiga! de uno se hizo dos-
-Y Zaratustra pasó a mi lado...
Nietzsche, Friedrich, “Sils María”.*

Antes de comenzar con el análisis preciso de la novela “Zama”, es necesario que nos planteemos ¿Cómo es factible que el *principio de identidad* pueda devenir en *principio de contradicción posible*? O bien, ¿Cómo llega el sujeto, que es uno e idéntico, a ser él y su doble?

La dualidad nos lleva a una serie de indagaciones acerca de su estatuto y su proceso. El fenómeno del doble no resulta evidente por sí, pues ¿Cómo categorizarlo?

Alcanzamos, de este modo, el punto cumbre en la extralimitación del pensamiento propuesto por este tema: ¿Es posible que lo idéntico sea una dualidad?. Como mencionábamos en el párrafo 2 ello está negado desde el principio de identidad, sin embargo la ficción desafía a este principio e inventa nuevas formas ontológicas. Así, el alter-ego nos obliga a modificar nuestra pregunta, reformando de esta manera nuestro pensamiento dado que no podemos cuestionar su posibilidad sino

quien dependo posee todas esas grandes cosas a que yo aspiro, no indefinidamente y en potencia, sino en efecto, actualmente e infinitamente porque es Dios. Toda la fuerza del argumento que me ha servido para probar la existencia de Dios consiste en la imposibilidad de mi naturaleza, siendo lo que es, concibiera la idea de un Dios sin que ese Dios existiera verdaderamente.” C. “Meditación tercera”. p. 66

su carácter: ¿Cuál es la identidad del doble?.

Existen varias alternativas y matices: a- la reduplicación simple del sujeto o bien la dualidad por sí de la esencia; b- la fractura ontológica ya sea que una parte del sujeto cobre autonomía o simplemente se escinda; c- la proyección o emanación del sujeto ya sea provocada por el mismo o por la independencia de alguna de sus imágenes (sueños, reflejos, fotos, fantasías, ect.)

En la proyección (c) se genera una “*semejanza o referencia*” del doble como sujeto consecuente a un sujeto antecedente o matriz, mientras en la primera opción se produce un *paralelismo* donde no hay tal sujeto “matriz”, pues como la esencia de los sujetos es en sí dual, ninguno es generador del otro. En la fractura (b), en cambio, se realiza un *paralelismo referencial*, dado que el doble remite a un sujeto antecedente “caído”; es decir el doble surge de un sujeto matriz, pero al independizarse de éste el sujeto original se ve fragmentado, entonces, ya no responde con la sujeción de “c” (la proyección) al primero, por ello, lo llamamos metafóricamente “caído” y, de allí, su combinación con el paralelismo. Es evidente que en la escisión el doble afecta a la ontología del original, aspecto que no parece ocurrir en las dos formas restantes.

En la emanación se efectúa (c) un proceso de analogía al principio de identidad, concibiendo dicha analogía su propio principio (el principio de contradicción posible). Este principio en la escisión (b) surge espontáneamente de la separación mientras que en la dualidad por sí (a) ya están dados a la esencia.

Todos estas manifestaciones de la paridad implican un mecanismo de espejo, o sea, la inversión o subversión de la subjetividad y su ontología. Conforme a las distintas variables la inversión posee sus modelos. En la proyección (c) hay una *explícita* “destrucción” o “desajuste” de los principios clásicos de la identidad o bien de la afirmación ontológica. En consecuencia, el *principio de contradicción posible* aquí se muestra como una aparición exterior (por fuera) del sujeto matriz en una subjetividad análoga. En la reduplicación (a) al no haber sujeto antecedente no puede hablarse de una subversión explícita, si no que la inversión se da como efecto de una formulación ontológica que de por sí difiere de la tradicional. Y, finalmente, en la escisión (b) la inversión puede responder a las dos posibilidades antes mencionadas, sin embargo como es una fractura lo que ha provocado la dualidad la misma permite la asimetría en el doble. En otras palabras, el doble no se presentará igual o idéntico como en el caso “a” donde no hay antecedente ni consecuente porque es simultáneo, ni tampoco como en el caso “c” donde el doble se manifiesta conforme a lo que en él se ha proyectado, sino que se mostrará como

aquello que del sujeto se ha independizado.

También hay otro tipo de dualidad, que visiblemente no responde a nuestro estudio sobre *Zama*, a la cual llamaremos del *doble descendente* o *seriado*. Los casos típicos de estos dobles son los del cuento “*la flor amarilla*” de Cortázar, los de algunos poemas y cuentos de Borges tal como “*un sueño*”, o bien el del cuento “*Morella*” de Allan Poe. En esta cuarta posibilidad hay una generación del doble por *descendencia* y *semejanza*. El sujeto original engendra (no de forma carnal) a su doble y puede reconocerlo como tal, cumpliendo éste la función de perpetuarlo ad infinitum. Este tipo de alter-ego repite necesariamente los pasos del sujeto matriz, al punto que éste duda de ser el primero en la serie. Es un caso de *referencia absoluta* o de *desplazamiento* de un ser a otro ser⁸.

Encontramos en común a la mayoría de los casos, primeramente, la ya nombrada inversión del principio de no contradicción y del de identidad por el principio de contradicción posible. En segundo lugar, y con relación a lo anterior, podemos vislumbrar que el doble siempre se vincula a la idea de un “extrañamiento” o “desconocimiento” del mismo por parte del sujeto matriz (b y c) o bien de ambos sujetos (a). Dicho claramente el sujeto no se “reconoce” en su copia, si quiera sospecha su identidad, lo ve como otro totalmente otro. Tratándose de la dualidad por fractura (b) o por emanación (c) hay un abismo dentro del ser, una distancia, impidiendo a aquello en origen unido la recuperación de su unidad. En consecuencia, el sujeto se “desconoce a sí mismo” al punto que le compete la afirmación: *yo soy otro*.

Identidad y *memoria* se implican mutuamente, pues sin memoria no hay construcción histórica de la identidad ni posibilidad de que el ego sea autoconsciente. Tampoco es posible sin ella el conocimiento, dado que a todo acto de aprehensión sucedería el más radical olvido. El olvido, de este modo, se nos muestra como la “suspensión de la memoria”, así, el desconocimiento es en sí o un “olvido” o lo “no conocido”. Aquello no conocido sólo podrá ser aquello no pasado, aquello no-vivido y que de repente se presenta. Mientras que el extrañamiento resignifica o transfigura algo conocido para no reconocerlo.

Desconocimiento y extrañamiento en la identidad y su doble nos permiten sostener que el personaje se olvida de sí, y sólo sobre este vacío en su memoria se

⁸ “En esa celda circular, un hombre/ que se parece a mí escribe en caracteres/ que no comprendo un largo poema sobre/ un hombre que en otra celda circular/ escribe un poema sobre un hombre que en/ otra celda circular... El proceso no tiene/ fin y nadie podrá leer lo que los/ prisioneros escriben.” Borges, Jorge Luis, *La cifra*, “Un sueño”. Emecé, novena edición, Bs. As. 1995. p.71

produce el doble. En verdad, el ser desconoce que ha sido doblado. En el tipo “a” es un olvido ontológico y en el tipo “b” es un olvido psicológico, aquello que el individuo por alguna razón quiere olvidar, o bien histórico, aquello que al personaje en su vida le ha sido impedido o cegado. También se ve en “b” y “c” propiamente el extrañamiento pues se coloca *fuera de sí lo propio de sí*, por ende, hay una “transfiguración” del sujeto en su doble.

Ahora bien, “extrañamiento” y “desconocimiento” son simplemente mecanismos que brindan viabilidad a este fenómeno. Que el ser no se reconozca en su alter-ego significa que algo se ha disparado por fuera de él, por fuera de su dominio. El doble es el *otro que soy yo mismo*. Justamente, el doble es lo negado en el yo, ya sea porque el yo lo niega o bien porque le está vedado. Paradójicamente el principio de contradicción posible radica en la encarnación de la negación, en presentar lo que en el principio de identidad quedaba excluido.

Por ello, el doble es casi siempre (como en “Zama” y en “Morella”) lo *innombrable* en tanto no posee o no se le conoce *nombre*. Memoria, nombre e identidad forman un trinomio en el que el alter-ego se manifiesta paralelamente: olvido, innombrado, anónimo. Lo que es olvidado no puede ser mencionado; a menudo el olvido es olvido del nombre y, por ende, de la entidad a la que éste representa. A su vez, la ausencia de nombre en el alter-ego refiere al origen del mismo, en tanto su origen es enigma y olvido. Por estas razones el tema de la memoria en el cuarto tipo de dualidad tiene otra relevancia, allí, el sujeto suele reconocer a su doble, aunque no supiera previamente de su existencia, dado que el reconocerlo significa recordarse a sí mismo, sólo sobre este recuerdo la identidad puede perennarse en el desplazamiento de un sujeto a otro. En dicho caso el doble cumple una intención específica del personaje: lograr su eternidad.

Otto Rank indicaba que muchas veces el alter-ego compite por el lugar del sujeto matriz, busca eliminarlo y robarle su vida⁹. Estos dobles son generalmente proyecciones del sujeto ya sea por efectos psicológicos o bien por hechizos y tradiciones. Sin embargo el doble latinoamericano de Zama o el de “*La flor amarilla*” de Cortázar, son alter-egos salvadores.

⁹ Rank, Otto, *El doble*. Bs. As. PVE Psiqué. 1996. p. 22.

5- La dualidad psicológico- temporal: Zama

“(…)/ el Otro lo mira.
Que recuerde que nunca estará solo.
En el público día o en la sombra
el incesante espejo lo atestigua; /((…)”
Borges, Jorge Luis, *La cifra*, “El Ángel”

La trama del doble en esta novela es por demás compleja, pues como ya se aclaró en la introducción, éste se presenta como un niño rubio de doce años siempre en forma imprevista y misteriosa, aún cuando la novela transcurre en tres periodos: 1790/ 1794/ 1799. El hecho de que su doble sea un niño posee múltiples significados, como se analizarán en este parágrafo y en el séptimo, pero principalmente nos señala la subjetividad histórica de Zama íntimamente asociada a la psicología de su deseo.

Doble, deseo y espera son los conceptos que hacen al texto. Un deseo de por sí problemático, dado que la constitución del sujeto deseante es históricamente anómala (como también se verá en parágrafo 6).

5.a- El doble irrumpe

Las apariciones del niño son relativamente escasas al volumen de la novela (3 veces en la primera parte, una vez en la segunda y otra en la tercera), sin embargo no ocuparía hoy nuestro estudio si estas no fueran significativas. En verdad, es una trama enmarcada más que por los hechos por seres fantasmagóricos, por sombras, por imágenes, por deseos, por pensamientos, por metáforas, por relatos inverosímiles, por sueños y aparentes alucinaciones. De modo que, estas formas paralelas a los actos nos permiten intuir o anhelar un más allá en la historia; todo se desenvuelve en un clima de dualidad.

El niño está inserto en este marco, o sea en un contexto de indeterminaciones. Lo indeterminado está constantemente rodeando con un manto de espesura y niebla a la aspereza de los acontecimientos. Escrito en primera persona, nuestro protagonista nos lleva a su interior y nos proyecta en de rededor su deseo de “*otra vida*”, de “*otro yo*”.

El primer encuentro con el niño, al inicio de la novela, nos revela el pasado y las

aspiraciones de Zama.

“Más allá de la puerta en la galería, estaba detenido -contenido, me pareció un niño. Ciertamente venía con Indalecio y podía ser el hijo de éste. Sin embargo, no me importaba eso, sino sus facciones, noblemente agitadas, y los ojos, anunciadores de un desborde que, al volverse el capitán hacia él, se produjo sin aguardar otro estímulo.

Corrió y se volcó a mis brazos, estremecido por un sollozo que, se me ocurrió, era de gusto y entusiasmo.

Acertaba. Indalecio me lo explicó, impresionado, tal vez orgulloso, por el arrebató de su vástago.

-En el viaje le he dicho quién era el doctor don Diego Zama.

El doctor Diego Zama con el homenaje, imprevisible y tocante, de un mozuelo de doce años. Ese reconocimiento hacía contrapeso a tantos olvidos y disminuciones soportados en días y días hasta aquella tarde.

-¡El doctor don Diego de Zama!... El enérgico, el ejecutivo, el pacificador de indios, el que hizo justicia sin emplear la espada. Zama, el que dominó la rebelión indígena sin gasto de sangre española, ganó honores del monarca y respeto de los vencidos. No era ése el Zama de las funciones sin sorpresas ni riesgos. Zama el corregidor desconocía con presunción al Zama asesor letrado, mientras, éste se esforzaba por mostrar, más que un parentesco, cierta absoluta identidad que aducía. Mostrábale al corregidor antiguo la asesoría, en rango segundo en toda la extensión de la provincia, exactamente luego de la gobernación. Pero, al hacerlo, Zama asesor sabía sin que pudiera esconderlo, que en este país, más que en los otros del reino, los cargos no endiosan, ni se hace un héroe sin compromiso de la vida, aunque falte la justificación de una causa. Zama asesor debía reconocerse un Zama condicionado y sin oportunidades.”¹⁰

Zama está profesionalmente comprometido con las funciones gubernamentales del Virreinato, con el dominio europeo sobre las tierras y poblaciones indígenas. Todo su pasado se confronta con su presente en este encuentro con su doble. El origen preciso que le atribuye Zama nunca queda confirmado por Indalecio (posible padre) ni por el contexto, por ende es una suposición de nuestro personaje. Es un encuentro feliz, porque es de *reconocimiento*, estima y afecto sin poder él reconocer al otro como sí mismo (con ello queda excluida la dualidad descendente o seriada). Nada sabemos del estado gnoseológico del niño con respecto a su identidad, sólo le *“han dicho quien era el doctor Diego Zama”*. La identidad concebida aquí es el relato del pasado, frente al cual el sujeto orgulloso de aquel, no puede reconocerse. Es una identidad de tipo histórica y no ontológica.

¹⁰ Di Benedetto, Antonio, *Zama*. Madrid, Alianza Editorial. 1985. p. 20.

Mientras que los otros pueden adjudicarle al Zama asesor letrado las hazañas del Zama corregidor, Zama no puede ver entre estos una unidad, los distingue permanentemente en la misma exhibición de su identidad. La emoción del niño por ver a un héroe, lleva a Zama a la siguiente reflexión:

“«Le he dicho quién era Zama.» Un resplandor de mi otra vida, que no alcanzaba a compensar el deslucimiento de la que en ese tiempo vivía.

*Zama **había sido** y no podía modificar lo que fue. Podía creerse que me determinaba un pasado exigente de mejor porvenir. Ese niño, el hijo de Indalecio, venía a reclamármelo con su emoción admirativa.*

Sin embargo, yo veía el pasado como visceral, informe y, a la vez, perfectible. Por los elementos nobles no dejaba de reconocer algo –lo más- pringoso, desagradable y difícil de capturar como los intestinos de un animal recién abierto. No renegaba de eso; lo tomaba como una parte de mí, incluso imprescindible aunque no hubiese intervenido en su elaboración. Más bien, yo esperaba ser yo en el futuro, mediante lo que pudiera ser en el futuro.

Tal vez creía serlo ya y vivir en función de esa imagen que me aguardaba adelante. Tal vez ese Zama que pretendía parecerse al Zama venidero se asentaba en el Zama que fue, copiándolo, como si arriesgara, medroso, interrumpir algo.”¹¹

La noción del pasado está remarcada para no unirse ella sino para separarse. Vemos que la constitución histórica del ser está trastocada, el futuro debe ser una imitación del pasado (porque el Zama presente es un *Zama condicionado y sin oportunidades*), no obstante no puede ser el pasado mismo. El pasado en tanto *informe y perfectible* es un ser en desarrollo, tal como lo es el niño. El Zama del futuro es una proyección del Zama presente imitando a aquel pasado.

La fractura es psicológica en tanto hay una separación entre el *Zama que es* y el *Zama que desea ser* o bien el *Zama anhelado*. La misma se traduce en la temporalidad del hombre, en tanto aquello que es deseado es trasladado a futuro, *lo aguarda adelante* mientras lo que él es implica el tedioso hoy.

En la historicidad del hombre se juegan sus posibilidades, posibilidades que le estarán dadas y posibilidades que conquistará. Zama lo sabe, sin embargo no se ve

¹¹ Op. cit. pp. 20 –21.

ejecutor de su pasado, en cambio ¿sí se ve de su futuro?

Hay una extraña noción no asimilable al destino, pero sí hundida en el misterio que es la de “*interrumpir algo*”. Presiente la existencia de algo en evolución, no sabe lo qué es, de todos modos la voluntad elige su aparición. Desde este punto de vista, el protagonista *espera* una revelación.

¿Por qué para que aquello se manifieste es necesario que copie su pasado? Aparentemente, la respuesta, quizás, sería que el pasado contiene algo de indeterminado aún e inmanejable.

El segundo momento (también en el transcurrido en el año 1790) de cruce con su doble ya no es dichoso, sino hostil:

“Mi puerta estaba abierta y la habitación echaba afuera un estable resplandor. Quise que fuese ella aguardándome y sabía que eso era imposible. Maldije mis trancos destructores del silencio y del sueño y procuré remediar el anterior alboroto acercándome con pies de pluma

Sobre la mesa ardía una vela y junto a la vela se hallaba la caja de latón, secreto depósito de mis monedas de plata.

Un ladrón.

Me desmandé de nuevo atropellando, crujiendo de rabia.

Lo primero que me reclamó fue la caja. Tres o cuatro monedas desparramadas sobre la tabla, las demás adentro. Fue una comprobación velocísima, pero más rápido resultó el intruso, a quien no había visto hasta entonces. Salió de las sombras de mi lecho, me orilló con agilidad y se lanzó hacia la galería sin darme tregua a la sorpresa.

Era un niño rubio, desarrapado y descalzo.

Fui hasta la puerta. Se lo había tragado la oscura galería. (...)

Don Domingo les explicó lo que yo vi, por si alguien podía aportar referencia esclarecedora: «Un niño rubio, espigado, como de doce años; descalzo y casi sin ropas, que ha de haber dormido unas horas aquí, en el lecho de don Diego.»

Los esclavos se consultaron entre sí, con la mirada y voces bajas y nerviosas.

Uno de ellos, un zambo, resumió lo que podía considerar un dictamen:

-Ha de ser un niño muerto, mi amo."¹²

El niño en cuanto pasado retorna, pero retorna para saquearlo. Justamente, lo que le roba son los ahorros, la *paga acumulada*. Observemos que la *paga* representa el reconocimiento a su labor, por lo tanto, los honores, mientras que lo *acumulado* expresa lo pasado conservado hasta el presente. En consecuencia el doble vuelve para recuperar lo que le es propio, aquello por lo cual sintió emoción en el reencuentro. Lo atesorado ya no pertenece al presente si este se ha diferenciado de lo pasado para volver hallarlo en un mañana.

El niño se pierde en las tinieblas, en las zonas oscuras de la indeterminación. Los esclavos señalan que debe estar muerto, que debe ser un espectro. De algún modo, estas palabras nos adelantan y anuncian su verdadera naturaleza, dado que *el pasado es lo ya sido*.

Lo *ya sido* encarnado en el alter-ego goza de un poder para irrumpir en *lo siendo* y modificar su curso, mientras *lo siendo* sólo imita lo pasado cuidando de *no impedir algo*.

El Zama asesor letrado está hundido en el tedio de lo inmóvil, por ello *espera*, espera un cargo en Buenos Aires o en Santiago de Chile, y tal vez más tarde llegar a España. También espera llenar sus días de aventura y sangre como el Zama que fue, y desea anular su soledad en alguna de las formas del amor. Simplemente espera, es una víctima de los reconocimientos siempre retardados, siempre prolongados hacia delante. Es un libro dedicado por su autor a las *víctimas de la espera*. De modo que entre sus esperas está la de *no interrumpir algo*.

Hay cierta explicación o teoría que él mismo se otorga, relacionada con la posibilidad de un doble por esencia (aunque la asimetría temporal entre el niño y él junto con el carácter psicológico de la paridad se ajustan a la dualidad por escisión):

"En el recinto materno, yo estaba encogido, con las rodillas a la altura de la boca, incómodo por la espada y por el sombrero que no avenían a una posición estable en el limitado y movedizo sitio. La espera me resultaba soportable porque poco me faltaba por nacer. Cuando el momento debido se produjo y eran tales las convulsiones que yo me deslizaba de espaldas

¹² Op. cit. pp. 28 -29.

hacia afuera, un individuo de reluciente casco de acero, apareció de no sé dónde, se adelantó por el túnel hacia la luz. Se aquietaron las paredes interiores del recinto y yo tuve que permanecer comprimido hasta que se produjera una nueva oportunidad.”¹³

Puede apreciarse que habla de un nacimiento, del nacimiento del Zama presente (asesor letrado), no obstante aparece de la nada un individuo de casco, indudablemente, un guerrero que toma su lugar. La espera es la *postergación de una oportunidad* que así como ha sido dada, ha sido usurpada. Zama tiene que nacer como es él al momento presente, el Zama del pasado se le ha adelantado, ha tomado algo que era para él, aquello es su vida. Hay otro que está viviendo en su lugar mientras él espera.

Hasta ahora el niño ha ido a su encuentro, sin embargo el último episodio con éste en 1790, ocasionalmente lo halla ayudando a una curandera:

“(…) Como el trámite tardó, fui allá y allá estaba, entre todos, un niño rubio, de unos doce años, espigado, en la tarea de pasar a la vieja los canutos de caña con orinas para el diagnóstico.

Una noción me forzaba a asociarlo con el bandido que ocupó mi cama y destapó mi caja de caudales. Pero la certidumbre tardaba en venir. Por ahí, en una tregua de su tarea, me miró tranquilo y sonriente, como con familiaridad. No dudé: era él.

Con resolución que no precisó de reflexiones, me abrí camino entre el grupito de enfermos y le caí encima con mi pesada mano aferrándolo de un hombro. El mozuelo se desconcertó un tanto, mientras yo lo acusaba: «Fuiste tú, canalla. ¡Fuiste tú!» Y para forzarlo prontamente a la respuesta, lo zamarreé, increpándolo: «Pillo, dime quién te mandó a robarme. ¡Dime!»

Yo sentía en torno el revuelo de gallinas asustadas de las mujeres y esto me molestó, distrayéndome lo suficiente como para que el pequeño, ladino y bravío, se sacudiera entre mis manos, liberándose un poco hasta sentirse firme en un pie: con el otro me aplicó un fuerte puntazo en la parte prohibida.

Grité de dolor, yo ¡maldito sea!, y el rapaz se me escapó.

(…)

Cuando el dolor se atenuó, asalté a la vieja con preguntas. Sólo pude aclarar que días antes

¹³ Op. cit. p. 86

el niño rubio le llevó de regalo una cantidad de ají seco, que utilizaba como medicina, y en cambio lo autorizó a quedarse en su casa, sin conocer quién era, ni siquiera su nombre.

Muy segura de su afirmación, pero sin lamentar la pérdida del ayudante, me dijo:

-No volverá.”¹⁴

El doble se asocia, como habíamos dicho en el párrafo anterior, a lo innombrado y anónimo. Nadie conoce al niño, pues el sujeto matriz no sabe o ha olvidado que es él mismo. Precisamente estas características hacen a la “fugacidad”. Este alter-ego siempre huye, logra escabullirse, al igual que el olvido es aquello que escapa a la memoria y al nombre. En la fuga impide ser reconocido.

Observemos la siguiente paridad cromática: mientras el ayer es anhelado, el ayer es luz, *un esplendor de la otra vida*, sin embargo el ayer al retornar se vuelve tan oscuro como su hoy. El ayer en tanto que doble juega con la opacidad referencial de su paralelismo, es irreconocible. De este modo, viene de las tinieblas y vuelve a ellas; el pasado se torna prácticamente invisible.

El mismo juicio de la curandera, aunque no se cumple con exactitud, resulta enigmático porque *lo que se olvida* es lo que *no vuelve* (y no necesariamente en viceversa). El niño antes del desenlace (en 1799) reaparecerá por única vez en 1794. Allí, estará íntimamente emparentado a la muerte, es decir a la disolución de la identidad.

5. b- La proyección del deseo.

En el año 1794 Zama se hospeda en la morada de Ignacio Soledo, en esta parte de la novela ocurren los hechos más extraños, entre ellos la duplicación de una mujer.

Allí solo viven el huésped, *su hija*, unas esclavas y un mulato¹⁵. La hija de éste es la única mujer blanca de la casa, sin embargo nuestro protagonista distingue en varias ocasiones, siempre poco claras, a dos mujeres: una joven y otra madura.

La mujer es una proyección de su propia dualidad, de modo que ella también se escinde en la mujer que es y en la que él desea.

¹⁴ Op. cit. pp. 45-46

¹⁵ Op. cit. p. 126

“Peineta. Edad sin flores. Un afecto compasivo, una piedad amorosa y sacrificada, en los ojos. Todo muy definido, sin reservas, sin misterio.

-No es- dije, sacudiendo la cabeza y hablando como si estuviera solo o ella nada significara.

-Soy- me dijo con amargura.

(...)

Hasta que ella me dijo, insinuando el dolor del bien perdido e irrecuperable:

-Ah, bien lo sé. Otra mujer puede desear quien, como vos, se ve buscado y atendido sin que lo solicite. Otra mujer debiera ser la que esta noche se arriesgara por asistirlos y, enajenada de soledad, se pone en vuestras manos. Joven tendría que ser, tal vez más hermosa de lo que soy yo ahora, clara la voz, suaves los bucles, suave el color rosa de su vestido...

Era como advertirme que me sabía sometido al encanto de aquella otra figura entrevistada, para mí su posible hija, para ella su efectiva rival.

(...)

Me apretó una mano por encima de la manta. Procuraba ser más persuasiva al proponerme:

-Ah, si un hombre quiere... se puede ser la una y la otra. El consigue ver una mujer como es y como la desea.

¿Eso había hecho yo en los días anteriores? Recelaba de que me lo dijera. Recelaba de eso y de algo más. Y ella, continuando su pensamiento, dijo:

-Pero sólo si él ama a esa mujer. Porque si se aferra únicamente a la que ya no es, ama una fantasía peligrosa. De ella vendría un día, para él, la destemplanza, la desazón, tal vez, el horror.

Eso, justamente, era. El horror, esa noche no revelado aún como horror, ya me había capturado.

Entonces lo negué, por negarle poderes sobre mí a esa mujer que tan certeramente penetraba en mi interior:

-¿Cómo puedo yo, cómo podría nadie abandonarse voluntariamente al horror?

Como respuesta me clavó estas palabras:

-Si queréis ver con miedo mi pasado es para transferir el temor de vuestro propio pasado.

Tuve la sensación de estar discutiendo con una fantasía peligrosa que ella había mentado.

Esa sugestión, con ser muy fuerte, no alcanzó a espantarme y conseguí hacer un esfuerzo de discernimiento a fin de colocar sus palabras dentro de lo normal y lo posible. Pensé que nada más pretendía por intimidarme, para que yo aborreciera la imagen de la joven y la

amara a ella. Sin embargo, rechazé la tentación de discutir la verdadera naturaleza de esa figura lozana de las apariciones vespertinas. Sí reclamé por su tacha a mi vida precedente. Exclamé: -¡Mi pasado no es indigno!

La mire al rostro, por ver si la afectaba el impacto de mi estallido, y eso no ocurrió. Estaba serena y con su serenidad ahuyentó las sospechas que me condujeron un momento a la exasperación.

Parecía haber estado aguardando con paciencia el desenvolvimiento de mis ideas. Me contemplaba. Creí que, prevenida de que no aceptaba su opinión, me hablaría ya con ese acatamiento a mi persona que su presencia en mi cuarto dejaba suponer.

Pero no. Dijo:

-Todos, casi todos, somos pequeños hechos. Elaboramos presente a menudo y, en consecuencia, pasado aborrecible.”¹⁶

Como proyección de su fractura ontológica, ella también configura un aspecto de su dualidad. Sólo por este sentido ella es doble imagen: realidad y fantasía, sombra y anhelo, que se sintetiza en una *fantasía peligrosa*. Sombra que expresa lo que es: una unidad con su pasado. Y porque ella puede explicitar de sí su dualidad también reconoce a la misma como una proyección y lo revela. El sujeto escindido, por ende escinde al objeto de deseo. El objeto deseo se muestra como espejo en el que no siempre el individuo se atreve a identificarse.

Zama reniega de un pasado no- luminoso, esto es de un pasado no anhelado pues, justamente, éste último se halla encarnado en su doble. Si bien el niño puede mostrar la faceta del afecto y de la estima, a su vez, éste descubre la hostilidad latente.

Luego de un tiempo Soledad parte a Brasil con las dos esclavas, el mulato, y su esposa. La mujer le ha dicho una verdad oracular: *Conócete a ti mismo*.

5. c.- América

América es origen no aceptado, pasado indeseable, aquello que se teme expresar. Se sugiere en la primera parte del libro que Zama poseía un complejo por ser americano, Europa siempre estaba en sus pensamientos idealizadamente.

Pero América como perteneciente a lo pasado, en tanto lugar de la ascendencia, también es informe y perfectible, también es anhelo y horror. Algo debía

¹⁶ Op. cit. pp. 166-168

revelársele allí y él no debía interrumpirlo.

“Yo, en medio de toda la tierra de un Continente, que me resultaba invisible, aunque lo sentía en torno, como un paraíso desolado y excesivamente inmenso para mis piernas. Para nadie existía América, sino para mí; pero no existía sino en mis necesidades, en mis deseos y en mis temores.”¹⁷

América es el terreno de lo negado, de lo prohibido. Es aquello que debe ser velado tras la apariencia europea, (el ambiente descrito es una permanente simulación de Europa). El americano de la colonia es un americano alienado porque no gusta de afirmar su condición. No obstante, Zama nos confiesa que también hay *otra América*, aquella como suelo de las fantasías, de los terrores y las privaciones, y de la cual él es su único dueño. Aquella es *su América*, y existe en el lugar de la dualidad (*invisibilidad*), en el lugar de lo quiere ser alcanzado (*paraíso desolado y excesivamente inmenso para sus piernas*). América como dualidad es posibilidad infinita, es territorio no recorrido, experiencia aún no vivida: casa del ayer y del mañana. Esto nos habla de la dramaticidad del hoy, porque detrás de la negación que hace de su pasado se niega a sí mismo, por consiguiente el presente deviene en un *“aún no”* que se manifiesta en el imperativo de *no interrumpir*. El *aún no*, en cuanto no interrumpir, es oportunidad saqueada, es *espera*. La fractura, a su vez, responde a una dialéctica entre la espera y la posibilidad.

6- Los juegos del tiempo.

Habíamos visto que la *memoria* se solidarizaba con la *identidad*, sin ella resulta imposible el reconocimiento y nombramiento de los objetos. En consecuencia, la memoria es un elemento constituyente de la subjetividad histórica.

Ahora bien, sin tiempo no habría memoria ni ella sería necesaria, dado que el permanente acto presente o cualquier otra configuración fuera del tiempo, no requeriría actualizar viejas impresiones e identificarlas con las nuevas.

De esta manera, la experiencia temporal ordinaria es fundamentalmente lineal y tridimensional: Pasado – Presente – Futuro. Nos ubicamos, así, en el hoy, miramos el ayer y la visión infinita nos hace pensar en la potencialidad de un futuro, futuro que permanece en un eterno mañana ya que es inabarcable como el mismo horizonte.

¹⁷ Op. cit. pp. 39-40

Sin embargo en “Zama” no se respeta este esquema, sino que se propone una ciclicidad, donde lo pasado adviene futuro. La circularidad nos permite jugar con construcciones temporales posibles, ya que debemos dejar de pensar “pasado – presente – futuro” como línea para verlos como una rueda. De tal modo que si la giramos grado a grado obtendremos diferentes disposiciones. La primera de ella es “Futuro –Pasado –Presente”, de lo que se puede concluir que lo primero es el futuro, la potencialidad; lo último es el hoy, el acto y entre ellos media distanciándolos como un abismo que cercena los intentos de unidad, el pasado. Aquí se da el problema de la realización, pues mediando el pasado entre la potencialidad y el acto, nada llega concretarse. En parte este esquema responde al Zama que espera. Es un tiempo sin oportunidades.

Si nuevamente imprimimos movimiento a la rueda nos encontramos ante: “Presente –Futuro –Pasado”. Iniciamos la historia en el acto, instante más precioso del ser, pudiendo fusionarse perfectamente con el futuro; la realización en esta estructura implicaría una libertad por ontología, es decir el sujeto no puede negarse a su manifestación. El pasado queda anulado y excluido, es extralimitado a un final que nunca puede llegar, dado que el acto y la potencia se retroalimentan.

En fin, más allá de estas virtualidades necesitamos comprender cómo específicamente es el tiempo de Zama y su doble. Si volvemos al esquema original, descubrimos que el pasado al dispararse hacia un presente (las constantes irrupciones) forja un tiempo también dual y bidimensional (pasado-futuro/presente), ya que el futuro está contenido en el pasado. De allí el presente inmóvil de Zama, ya que es puro acto sin potencialidad. Ahora bien, para que aquello a acontecer no sea interrumpido es necesaria la recuperación del futuro, no obstante no se puede llegar a ella si no es imitando al pasado. El futuro, a la sombra y en las paralelas, se despliega a través del pasado para llegar al presente. Este tipo futuro tras su concreción ya no permite conservar la ciclicidad histórica y bidimensionalidad construida, sino que la anula para dar pie a nuevos juegos temporales.

7- Salvación y renovación de las posibilidades

*“Se evadió sin ruido. Cuando logré alcanzarlo,
caminaba decidido, con paso rápido.
Y me dijo solamente: -¡Ah! Estás ahí...
Me tomó de la mano. Pero siguió atormentándose:
-Has hecho mal. Vas a sufrir. Parecerá que me
he muerto y no será verdad...”
Saint-Exupéry, Antoine de. El Principito.*

De acuerdo a lo que hemos venido deduciendo, el doble es quien se ha *llevado* lo pasado y junto a ello *la oportunidad* (lo futuro), o sea nada más ni nada menos que la *posibilidad de vivir*. Porque el otro, cuán si fuera un hermano gemelo, se le adelanta al nacer mientras que el sujeto, el Yo, *tiene que esperar*. El yo está obligado esperar, no tiene otra alternativa, de allí que debe cuidarse de no interrumpir aquello advenir, pues lo advenir es el nacer y se juega, entonces, la vida.

Reencontrar su posibilidad implica la *reunión con lo perdido*, esto es con su pasado, con su doble que se lo ha apropiado, y en consecuencia, de él sólo puede provenir la muerte o la salvación final.

En la tercera parte de la novela (1799) cambia el ambiente de la historia, su tiempo y espacio se desplazan de la inmovilidad de las ciudades y de las oficinas gubernamentales a la aventura del desierto. Junto a una legión de soldados deben atrapar a Vicuña Porto, acusado de innumerables crímenes. De este modo, Zama asesor letrado recupera las andanzas del Zama corregidor y también se lanza a la verdadera América, aquella que es sólo para él: *tierra de todo un Continente, invisible, desolada, infinita; no obstante ella es su paraíso*.

“La muerte, entonces. Mi muerte, elegida por mí.

*Pensé que no puede gozarse de la muerte, aunque sí de ir a la muerte, como un acto querido, un acto de la voluntad, de **mi voluntad**. No esperarla, ya. Acosarla, intimarla”¹⁸*

Se modifica su actitud: la espera es cambiada por la búsqueda. Zama imita al que

¹⁸ Op. cit. p. 211

fue, sin embargo su búsqueda no puede ser la de la vida, sino que tiene que ser, necesariamente, la de la muerte (no tiene posibilidades). Ir a la muerte para no interrumpir lo que debe manifestarse. Ya no es su doble quien se vincula a ella, sino que es él viviendo, invadiendo, el terreno de la dualidad.

Finalmente, Vincuña Porto ataca y Zama es su prisionero. Los bandidos que estaban junto a éste le deciden la muerte, pero Vincuña Porto quiere darle una *muerte doble, por la mutilación anuladora*¹⁹. Una muerte lenta ya sea de inanición o de desangre.

Así le dice:

“Antes del primer tajo, me sopló al oído: <Hunde los muñones en la ceniza del fogón. Si no te desangras, si te encuentra un indio, sobrevivirás.>

Alguien me dijo:

- ¿Quieres vivir?.

Alguien me preguntaba si deseaba vivir.

Era, entonces, que mi sangre no se fue toda. Era, también, que había llegado el indio.

Podía, pues, no morir. No morir aún.

Me desgarró la ropa.

Después sentí la prisión del torniquete en los brazos y supe que mis manos sin dedos ya no manarían sangre.

Tal vez dormite, tal vez no.

Volví de la nada.

Quise reconstruir el mundo.

Despegue los párpados tan pausadamente como si elaborara el alba.

Él me contemplaba.

No era un indio. Era un niño rubio. Sucio, estragadas las ropas, todavía no mayor de doce años.

Comprendí que era yo, el de antes, que no había nacido de nuevo, cuando puede hablar con mi propia voz, recuperada le dije a través de una sonrisa de padre:

-No has crecido...

A su vez, con irreductible tristeza, él me dijo:

¹⁹ Op. cit. p. 213

-Tú tampoco."²⁰

La frase "¿Quieres vivir?", resulta doblemente significativa. Más allá de la interpretación clara y simple a la que nos autoriza la escena; si nos basamos en lo analizado, encontramos una fractura entre la vida y la muerte, constituida la primera por el mundo de ese otro Zama y la segunda por el ámbito en el que permaneció. Reafirmado esto, el Zama que es, (a partir de este momento "era") es un hombre muerto. El doble ha vuelto para otorgarle la oportunidad que luego de esperar buscó. No es una insignificante invitación a continuar con la misma vida llevada, todo lo contrario es a *reunirse* con la existencia real, reunirse con su pasado, con su deseo y realizarlo en el nuevo presente cargado de posibilidad.

"Alguien me preguntaba si deseaba vivir". Explícito pasaje del Zama de la espera y el aún no, al Zama del deseo y la afirmación. Quizás para reconocerse le hacía falta reunirse y para reunirse que alguien le preguntara por su deseo.

Las últimas palabras son "No has crecido" y "tú tampoco", el tiempo no había avanzado, no había hasta entonces tiempo, tampoco memoria, y mucho menos identidad, sino sujeto negado. El principio de contradicción posible fija la estructura en el no cambio, en la negación.

8- Conclusiones y similitudes con la identidad de Latinoamérica

Nos comenzamos planteando un problema de ontología para observar los modos en que era posible la convivencia del Ego con su Alter, pero luego nos involucramos en la subjetividad que esta ontología escindida produce. Así, hallamos una subjetividad ahistórica, temporal y psicológicamente escindida. En esta ahistoricidad, con la que se puede jugar la instauración de nuevos esquemas tempo- espaciales (bidimensionalidad y otra América), se problematiza principalmente la libertad. La oportunidad de la que habla la novela, es la posibilidad tanto de vivir como de ser libre (dejar de estar sujetado por un útero).

La libertad da viabilidad a la realización de los deseos y a la posibilidad. Y aunque también estos puedan frustrarse, el sujeto libre no es un sujeto que espera.

La segunda cuestión, unida a la libertad, es la presencia del Otro. Es del Otro de quien parte la *primera posibilidad*, pero no es el Otro-Progenitor, sino el Otro-Yo. La

²⁰ Op. cit. p. 214.

novela, de este modo, esconde un mensaje: si la *posibilidad de vivir sin volver a nacer* es dada por el doble, es porque el mismo anteriormente la ha usurpado. Es decir, si la posibilidad de cambiar está en nosotros, pero sin embargo esperamos que Otro nos la ofrezca, es porque nosotros mismos nos hemos saqueado esa posibilidad permitiendo que se la apropie. Nos la hemos negado al poner el deseo en un pasado nunca vivido, en un pasado no verdaderamente tenido, sino que es perfectible aún como lo es nuestro presente. Hemos puesto en Otro el ofrecimiento de nuestra salvación, al cual ésta le es indiferente, simplemente porque ese Otro no es nuestro Alter- Ego.

Esta además explicitar qué vínculo se establece entre esta novela y nuestro estudio de ontología y subjetividad escindida con la identidad de Latinoamérica.

Bibliografía:

Cruz Velez, Danilo, *Filosofía sin supuestos (De Husserl a Heidegger)*, "VII. Sujeto y yo". Bs. As. Editorial Sudamericana.

Descartes, *Meditaciones Metafísicas*. Decimaquinta edición, México, Porrúa, 1998.

Di Benedetto, Antonio, *Zama*. Madrid, Alianza Editorial. 1985.

Gilson, Etienne, *El ser y la esencia*. Bs. As., Ediciones Desclée.

Mora, J. Ferrater, *Diccionario de filosofía*. 4 t, Barcelona, Ariel, 1994.

Rank, Otto, *El doble*. Bs. As. PVE Psiqué. 1996.

Abstract:

Es un estudio sobre las posibilidades de la ontología, intentando comprender desde la ficción (la novela "Zama" de Antonio Di Benedetto) como se constituye una identidad y subjetividad dual o escindida. Se verá, así, en el personaje una fractura temporal (entre pasado y presente) y una fractura psicológica (entre deseo y realidad), jugándose en su doble (un niño rubio de doce años) su propia libertad. La pretensión del mismo es comprender qué analogía existe entre esta identidad descripta y la identidad latinoamericana.